

Enrique González de Andrés, *¿Reforma o ruptura? Una aproximación crítica a las políticas del Partido Comunista de España entre 1973 y 1977. Programa, discurso y acción sociopolítica*, Barcelona, El Viejo Topo, 2017, 400 pp.

¿Era posible una ruptura democrática al final del franquismo si la izquierda entonces mayoritaria hubiera actuado con mayor contundencia y determinación? Tal es la pregunta, nada nueva, que formula Enrique González de Andrés y en torno a la que pivota el libro que comentamos, que analiza el papel del PCE (o por extensión, el PCE y la línea mayoritaria de Comisiones Obreras) en el tramo final de la dictadura y el comienzo de la Transición.

La virtualidad positiva de un planteamiento contrafactual como éste consiste en rehuir la explicación determinista o funcionalista, es decir, considerar que lo que sucedió era lo único posible, o que las fuerzas y agentes políticos fueron simples ejecutores de una lógica “sistémica” que los desbordaba. El efecto negativo es que la explicación basada en los actores se desliza con facilidad hacia juicios de intenciones, búsquedas de responsabilidades e incluso identificación de “traiciones” (a la propia base social o militante, y hasta a “misiones históricas” prefijadas).

No es esta última, desde luego, la actitud de Enrique González, que se sitúa casi siempre en el terreno del análisis, ofreciéndonos un trabajo interesante y bien documentado. Para dar una respuesta al gran interrogante, aborda sucesivamente la visión del partido sobre la política del régimen, la economía y la conflictividad social; la actitud ante algunas huelgas especialmente significativas, donde la propuesta del PCE se ponía a prueba; y, finalmente, su posición ante momentos concretos decisivos, como la muerte de Carrero Blanco, la aprobación de la Ley de Reforma Política o los Pactos de la Moncloa.

La primera parte (“Programa y discurso del PCE”) pone de relieve los conocidos errores del análisis catastrofista del partido, en contraposición con las tesis, más matizadas, de Fernando Claudín, quien deslinda claramente las “responsabilidades” del régimen político y las lógicas del sistema económico capitalista. A mi juicio –aunque es asunto opinable–, el autor enfatiza excesivamente la continuidad de esos análisis como determinantes de la actitud del PCE (más allá de su obvio uso retórico); creo que cabe matizar que, a las alturas

del final del régimen, el PCE siguiera realmente creyendo que la caída del régimen resolvería la crisis económica, o que el franquismo estaba apoyado en las endeble bases de una camarilla oligárquica. Entra luego Enrique González en disquisiciones, sin duda relevantes, sobre el carácter “político” de las huelgas, y subraya la radicalización de conflictos que llegaban a poner en jaque la legalidad franquista. Es cierto que las huelgas no sobrepasaban el horizonte de las luchas por las libertades democráticas; pero si los líderes comunistas “hubieran dispuesto de otro programa y otra estrategia, nos habría llevado, probablemente, a experiencias huelguísticas disímiles con las acaecidas”; al igual que si otra organización con ascendencia social y estrategias distintas hubiera liderado los conflictos.

En opinión del autor, el PCE, con su modelo específico de huelga política, facilitó –aunque “no determinó”– que la clase trabajadora, salvo una fracción minoritaria, “no superara la etapa llamémosle democrática, no poniendo en el punto de mira al sistema”. A este juicio, basado en el análisis de programa, discurso y práctica del partido antifranquista mayoritario, contribuye otra consideración del autor que subraya la filiación trotskista de su enfoque, que viene a considerar siempre negativas las “alianzas interclasistas”; tesis que, a mi juicio, dicho sea de paso, constituyen una de las claves de la ceguera política del mentor de esta corriente a la hora de juzgar el antifascismo y los frentes populares.

El problema –señala el autor– viene ya de los años 20, de las polémicas entre Trotski y Stalin, y remite luego a la equivocada táctica –basada en análisis erróneos– de la Reconciliación Nacional, para la cual propone también una valoración contrafactual de sus alternativas. Se trata de una política heredera de la idea de una revolución por etapas que Enrique González vincula con el menchevismo...o –citando análisis de Claudín– con la dogmatización de las tesis de Lenin sobre la revolución democrático-burguesa. No hay en el PCE, a su juicio, variación sustancial sobre la caracterización de la revolución y sus fases entre los años 30 y 70, y por tanto existe “plena continuidad de las políticas aliancistas”, del frente Popular al Pacto para la Libertad, pasando por la Unión Nacional y la Reconciliación Nacional. Lo que se mantiene bajo el franquismo es “el esquema revolucionario de 1931–1939 que no rebasaba los límites del capitalismo”; un modelo que, en definitiva, sustituye el “paradigma de clase” por “las mayorías populares”, desdibujando la lucha de clases.

Enrique González analiza bajo ese prisma toda la política de alianzas del PCE durante la dictadura, lo cual le lleva a soslayar aspectos contextuales que, más allá de los evidentes errores de análisis que la acompañan, explican algunos de sus éxitos. Al mismo tiempo, no diferencia suficientemente, en mi opinión, el marco general de la PRN y las plasmaciones e inflexiones concretas de la política de alianzas a partir, sobre todo, del Pacto para la Libertad y en el momento de la Transición.

La segunda parte (“Discurso y acción social del PCE”), bien trabada y argumentada, se centra en algunos conflictos huelguísticos en los que se ponen a prueba los supuestos del partido, mostrando sus errores e insuficiencias. Aquí se incide en una cuestión relevante, que el autor ilustra con ejemplos significativos: el PCE actúa conteniendo las protestas,

con la obsesión de evitar que los conflictos pongan en peligro “su rol de interlocutor en las negociaciones con las fuerzas moderadas”; lo vital era “aliarse con la derecha política, con los empresarios y con personalidades franquistas con veleidades *reformistas*”. Para ello, se precisaba encauzar o frenar los conflictos, argumentando con la necesidad de dar pasos atrás para no romper con los sectores obreros rezagados; en cambio, se eludían los pasos adelante si una mayoría “marchaba en cabeza”, como sucedía en la huelga general en Navarra de junio de 1973. De hecho, cuando llegue la ocasión de la Huelga Nacional o la Acción Democrática Nacional (en la terminología de la Junta Democrática), el PCE-Comisiones Obreras optarán por recular. Con ello, se limitaban a emplear los conflictos como elemento de presión en sus negociaciones con sectores “moderados”, renunciando a la alternativa de generalizarlos y unificarlos, sumando a los mismos a una representación de la ciudadanía, práctica que tal vez habría acercado la posibilidad de “un cambio político profundo”.

En la tercera parte (“Discurso y acción política del PCE”) se ilustran las tesis anteriores a propósito de tres momentos significativos. Así, tras el atentado contra Carrero Blanco, en las propuestas del PCE, “todas las contradicciones socioeconómicas y políticas desaparecen” y “sin rechazar la lucha de clases se eliminaba del escenario post-magnicidio”, en nombre de la superación de la guerra civil y sus secuelas. En el momento crucial de la Ley para la Reforma Política, se supeditaban todas las posiciones tácticas, estratégicas y programáticas a la mera legalización del partido. El PCE, que ya en marzo de 1976 había aceptado la “ruptura pactada” por mor de su “irrenunciable política de alianzas”, asumía ahora jugar en el terreno de la reforma política de Suárez “tratando de ensancharlo”. “La pertinaz correlación de fuerzas hostil –opina el autor– no sirve para explicar estos cambios discursivos”. Atribuir el fracaso de la “alternativa rupturista” del PCE a la falta de apoyos sociales –apostilla– “nos parece muy discutible”.

En definitiva, el problema esencial, más que la falta de condiciones objetivas, era la carencia de una vanguardia adecuada, según enfatiza Enrique González utilizando un testimonio sobre huelga vasco-navarra de diciembre de 1974. Los líderes comunistas optaron por no explotar las fragilidades coyunturales del régimen, para así facilitar el diálogo con los poderes fácticos. Los límites y la culminación del proceso de erradicación de la dictadura dependían del empuje que se ejerciera desde el antifranquismo; de no ser porque su política de alianzas condicionaba las movilizaciones, “el magnicidio [de Carrero] hubiera podido servir para arrinconar al régimen y, posiblemente, erosionar las tácticas que pergeñaban las élites dominantes”. Luego, se renunció a unificar las luchas generales, sectoriales y locales que proliferaban por el país con el cuestionamiento a fondo de la Ley para la Reforma Política. Si se rebajaban las reivindicaciones para atraer a las capas “democráticas” de la clase dominante (o al menos no asustarlas), el desenlace conducía inexorablemente al terreno delimitado por la reforma de Suárez. El PCE relegaba o silenciaba “la confrontación ideológica” sobre alternativas “que cuestionaran el *statu quo* vigente”. El obstáculo de fondo (y con ello volvemos a Claudín) era la caracterización que el PCE hacía de la

futura revolución española, pues una concepción alternativa hubiera conllevado otras propuestas y prácticas. Aunque la mayoría de la clase trabajadora no superara el horizonte “democrático” y sólo una minoría defendiera cambios radicales, “el discurso y la acción del PCE-COO coadyuvaron a que dicho horizonte se afianzara más sólidamente y, por tanto, un cambio más profundo se alejara ostensiblemente en el tiempo”.

Uno de los problemas del libro, junto a sus muchos méritos, es el deslizamiento, a veces insensible o no del todo justificado, entre las consecuencias negativas de la política de pactos del PCE en la etapa final del régimen (crítica bastante razonable) y la (menos plausible) posibilidad real de la ruptura en caso de haberse llevado a cabo una política alternativa. Podemos pensar que las probabilidades de ruptura eran significativas o que, por el contrario, la correlación de fuerzas lo impedía. En ambos casos debemos tener en cuenta factores “extra-laborales”, como la fortaleza de algunas instituciones del régimen (incluidas las militares), su base social no desdeñable, la actitud de otras fuerzas políticas opositoras o el contexto internacional. Nunca sabremos si lo que no pudo ser era, en todo caso, factible, pues los indicios siempre nos pueden mostrar el vaso medio lleno o medio vacío. Personalmente me parece más convincente pensar que el “viraje” o al menos la inflexión de los primeros años setenta (y no la absoluta continuidad, como parece pensar Enrique González) no tuvo tanto la virtualidad de impedir una ruptura que la movilización social encauzada por una vanguardia más coherente y combativa hubiera permitido, como de situar al PCE en una negativa posición para continuar en nuevas condiciones su viejo combate, dilapidando en poco tiempo un capital político y humano acumulado en largos años de resistencia.

Aunque quizás se trate de un tema menor, mención aparte merecen algunos aspectos formales de la edición, que a veces difuminan la comprensión cabal de los argumentos del autor o los términos precisos en los que plantea el debate historiográfico. Por ejemplo, el uso frecuente de citas textuales sustituyendo a los propios argumentos o avalándolos, sin aclarar siempre si el autor las suscribe o no en su integridad. También destaca la acumulación de referencias en una misma nota, que dificulta a menudo la identificación de la autoría de las tesis que se exponen. O, por señalar algo especialmente llamativo, la curiosa exclusión, en la relación final, de la mayor parte de la bibliografía usada de la presente edición, remitiendo a la tesis doctoral del autor, lo cual dificulta extraordinariamente la verificación crítica de muchos matices importantes del debate, y que cabe conjeturar que se debe a la abundancia de trabajos mencionados, que podrían gravitar sobre el soporte en papel engrosando el texto en exceso.

Por si todo lo dicho pudiera hacer pensar que el libro no merece una lectura atenta y detallada, estas observaciones críticas pretenden, por el contrario, estimular a su lectura. El documentado, en muchas ocasiones certero y bien trabado texto de Enrique González contiene una propuesta de análisis seria y rigurosa, que debe estimular nuevas respuestas en un debate hace ya tiempo abierto pero en modo alguno cerrado. Una polémica impregnada de *presentismo* en la que, como suele suceder —y en este caso, conscientemente—,

tras la historia aparece la política, y tras la reflexión sobre el pasado, emergen las tareas del presente.

Francisco Erice
(*Universidad de Oviedo*)